

DANIELA REA GÓMEZ

Fruto

A Rosario.

A Naira y Emilia.

A todas las mujeres que me han cuidado.

*Entramos en un nuevo espacio... un espacio lleno de la
presencia de las madres, el lugar donde todas somos hijas...*

—Susan GRIFFIN,
citada por Terry Tempest Williams

*La única manera de sobrevivir a los hechos de la vida
real es precisamente imaginar la historia que vamos a poder
contar al respecto.*

—Majo DELGADILLO

CUANDO NACÍO MI PRIMERA hija me sentí solada, pese a estar acompañada por mi madre, mis hermanas, mi compañero y mis amigas. La crianza me arrinconó en un espacio oscuro mientras el mundo exterior me exigía reivindicar quién soy como periodista. Para entender mi nueva circunstancia hice lo que sé hacer: periodismo. ¿Cómo interpreto el mundo? A través de las experiencias de otras personas, de escucharlas y entender cómo su propia historia va encontrando un lugar y un sentido en el mundo que viven. Escuchar a otras, para escucharme a mí misma y encontrar lo común.

Así que en medio de ese asolamiento comencé a buscar a otras mujeres que maternaban para entrevistarlas. Escucharlas me hizo pensar en cómo yo fui maternada y eso me llevó a entrevistar a mi mamá. Pronto, me di cuenta de una obviedad: que las historias de cuidados no se reducen a las madres, sino que nos involucran a todas. Este no es un libro de maternidad, es un libro sobre los cuidados que nace bajo la premisa de que no todas somos madres, pero todas hemos cuidado.

Es un libro transgeneracional porque participan abuelas, madres, hijas y hermanas. Aquí está la historia de Jenny, una adolescente que arrojó una cazuela de aceite hirviendo a la espalda de su padre para salvar a su madre. De Rosalba, que intenta cuidar a su hija sin el maltrato con el que ella fue criada. De Avelina, que, por esa sensación de no haber cuidado a sus hijos, sueña constantemente con un bebé abandonado. De Mónica, que eligió entre trajes viejos y roídos el que vestiría el cuerpo de su madre tras morir por suicidio. De Channi, que se hizo madre de nuevo cuando debió criar a los hijos de su hija desaparecida. De Betsy, que juega con los hijos de su tía asesinada. De Mariela, que crió a un hijo producto de una violación. De Fernanda, que aprendió a protegerse de los abusos con travesuras escolares. De Laura, cuya madre le cortó sus largas trenzas porque no tenía tiempo para peinarla. De Alejandra, que cuidó la muerte de su madre enferma.

El libro tiene como escenario este México y su violencia contra las mujeres, expresada en desapariciones, feminicidios, precarización y asedio constante y cotidiano a la vida.

Fruto nace como un susurro para volverse un conjuro de mujeres que cuidamos y hemos sido cuidadas.

¿DÓNDE EMPIEZA MI HISTORIA?, le pregunté a Rosario, mi madre. Y esta es la historia que ella me contó.

PARA CONOCER TU HISTORIA, primero debo hablar de mi historia.

Nací en Irapuato, a mediados de la década de los cincuenta. Soy hija de Imelda y Luis, nacidos en esta ciudad.

Mis papás se conocieron en la fábrica de cigarros El Águila, una de las primeras empresas establecidas en Irapuato, en la que se hacían los famosos Faros, y ahí se hicieron pareja. Ambos participaban en el movimiento de empleados para hacer un sindicato, a mi papá lo despidieron con otros trabajadores, pero no a mi mamá, la empresa la necesitaba porque era muy buena administradora. Con el tiempo se casaron y mi mamá dejó el trabajo, se dedicó al hogar.

Mi padre era aficionado a la fotografía y después de su salida de la fábrica se dedicó a ella de manera profesional. Instaló su cuarto oscuro en la casa, así le llamábamos al laboratorio, con sus ampliadoras y sus tinas de revelado. Era un lugar interesante y accesible para nosotros, sus hijos. Con él nació nuestro gusto por la fotografía. Crecí en una casa construida con adobe y material, con muros donde trepaban las enredaderas y un pórtico florido. Una casa amplia, con piso de colores, con patios y pasillos, y un corral muy grande, testigo de muchas aventuras y juegos no solo nuestros, sino de primos y amigos. Ahí crecían árboles de granada, pirul, un zarsigüil, un paraíso, y al centro un gran mezquite en el que teníamos un columpio y al que mi mamá una vez me ató con un cordón para que dejara de hacer travesuras mientras ella tendía la ropa que había lavado.

Fui la única mujer entre siete hermanos. Mi mamá tuvo mucho cuidado de nuestra educación respecto al papel de la mujer. En otras familias la mujer era educada para atender principalmente a los hombres; por ejemplo, en la mesa, servirles primero a ellos, co-

mer después de ellos. En la casa no fue así. Mi mamá de alguna forma fue feminista, enseñó a mis hermanos que las mujeres no somos inferiores a ellos, y ellos aprendieron a protegerme y apoyarme. Una vez, cuando tenía como diez años, jugábamos al restaurante y uno de mis hermanos dijo: «Me da unos tacos», y mi mamá, al escucharlo, bajó de la recámara e intervino severa: «A tu hermana no le hablas así, tu hermana no es tu esclava, es una mujer, y la vas a respetar y cuidar».

Fui una niña muy querida, feliz. Además de ser la única mujer en la familia, era una niña bonita, con mi melena y mis cejas negras, mis ojos claros, color miel. Era estudiosa, inquieta y alegre. Mi mamá era morena y la familia de mi abuela, una mujer blanca y hermosa, siempre se lo hizo saber. Alguna vecina le recomendaba a mi mamá que se pusiera pomada de la campana para aclararse el cutis, pero mi mamá nunca hizo caso, a ella le gustaba el color de su piel.

En la adolescencia tuve acné y me volví tímida y retraída. Mi mamá siempre se esforzó en llevarme al dermatólogo y en cuidarme con remedios naturales.

Aunque en mi casa había privaciones y mi madre tenía que administrar el gasto día a día para alimentar a sus siete hijos, ella nunca nos dejó ver las carencias económicas. Hacíamos paseos al campo, al río, teníamos regalos de Reyes que compartíamos entre todos los hermanos, nos celebraba los cumpleaños, me hacía mis vestidos, y nunca quiso que trabajáramos siendo pequeños. Ella tuvo que hacerlo cuando era adolescente porque mi abuelo, quien era ferrocarrilero, quedó ciego. Mientras mi abuela se quedaba en casa para cuidar a su esposo y a sus cuatro hijos pequeños, mi mamá, como la primogénita, heredó la responsabilidad de apoyar en la economía de la casa. Así que dejó los estudios y entró a trabajar a sus quince años en una mueblería. A mi mamá no le pesó tanto el trabajo como verse obligada a dejar la escuela. Ella no quiso eso para sus hijos y, con muchos esfuerzos, siempre nos motivó a estudiar. Para ella lo principal era nuestra educación, tanto en la casa como en la escuela.



Mi casa siempre estuvo llena de vida, con siete hermanos, alguno permanecía en ella mientras los otros íbamos a la escuela. Con mi papá trabajando en casa, nos sentábamos a la mesa para comer y cenar juntos. Nunca faltaba que se sumara un plato para alimentar al amigo que pasó a saludar o al desconocido que tocó la puerta y pidió un taco. Eran largas las sobremesas, ahí mi mamá era más suya que nuestra, ahí le debatía a mi papá, daba su punto de vista, se rebelaba a esa aparente sumisión de ama de casa. En las mañanas mis papás nos despertaban con música clásica y en las noches ponían a veces unos huapangos, a veces la orquesta de Glenn Miller. No recuerdo verlos besarse frente a mí, pero sí abrazarse, hablarse de manera cariñosa. Ella le decía Hueso, él le decía Meloncita. Eran grandes conversadores de historia, política y música. Mi papá tocaba la guitarra y mi mamá cantaba. Nuestras tardes eran así, y cuando crecimos también tocábamos la guitarra y cantábamos en familia.

A los diez años terminé la primaria y mis papás decidieron no llevarme a la secundaria oficial pública, porque era mixta, así que